

*Personas robóticas y jueves celestiales*

La chica de rizos apretados, pelo cortísimo y piernas largas era una persona robótica. Athena no sabía su nombre, pero estaba casi segura de su condición desde la primera vez que la vio en una de las protestas de los jueves. Desde entonces, siempre buscaba sus ojos grandes y pestañas espesas, y vacilaba; nunca le decía nada.

En apariencia, las personas robóticas (comúnmente PR) eran como cualquier otro ser humano. La diferencia estaba bajo las primeras capas de piel: enraizados entre los músculos había acero inoxidable, circuitos eléctricos y materiales de última generación. Pensaban, sentían y vivían como un humano, sí, pero eran *algo más*. Por eso mezclaron en el nombre sus dos identidades. Cincuenta años después de la constancia del primer PR (aquel presidente de Estados Unidos que fue desconectado ante miles de espectadores), seguían apareciendo más. Pero nadie sabía cómo ni por qué. Ni siquiera los propios afectados.

La población se tenía que someter a diversas pruebas que los catalogaban en humanos o PR, una manera sutil de organizarlos en aptos y no aptos. Si eras apto, seguías con tu rutina. Si eras no apto... te olvidabas de la tranquilidad y comenzabas una vida vigilada y controlada, reducida y

acotada. Muchos trataban de evitar las pruebas y, entre millones de personas, siempre había quienes lograban escabullirse o falsear los resultados. O, al menos, lo intentaban. Nadie quería esa clase de vida.

Las protestas semanales comenzaron hace tan solo un par de meses; cada jueves, en cientos de ciudades de todo el mundo.

Con la pancarta en las manos, Athena grita a pleno pulmón las consignas pegadizas que oye de los demás. Le duele la garganta pero no se calla. No se da cuenta de que la otra chica se acerca a ella, acompañada de tres amigas, hasta que la tiene al lado.

—¡Me gustan tus ojos! —le grita al oído la recién llegada; después, se separa con una amplia sonrisa y señala hacia sus párpados con un dedo, casi los toca. Los párpados de Athena están pintados con purpurina de un intenso celeste, maquillados y delineados con precisión. Llaman la atención y resaltan con su melena, larga y color calabaza, que siempre lleva suelta, apartada hacia atrás con una diadema de lunares. Hay tanto alboroto alrededor que Athena se limita a sonreír. El corazón le va muy rápido, más de lo que le gustaría admitir—. ¡Me llamo Liv!

Los labios de Liv son gruesos y, cada vez que habla, no puede evitar fijarse en ellos; su piel oscura y lisa contrasta con la de Athena, muy clara y llena de tatuajes de colores en brazos y piernas: un corazón, un dinosaurio, un emoji sonriente...

—¡Yo Athena!

Tienen que hablarse a gritos, acercarse la una a la otra, pero no parece importarle a ninguna de las dos. Codo con codo, aúllan a la vez, unidas por un hilo invisible de instantánea conexión.

A los primeros años de estupor le siguieron dos décadas de investigaciones y pavor; después, llegó otra de calma y, ahora, volvía el miedo. Renacían organizaciones y grupos políticos que clamaban por la necesidad de apartar a las personas robóticas de la sociedad. Hablaban de leyes para prohibir los matrimonios entre humanos y PR, reducir sus derechos y convertirlos en nada. Y, a la vez, surgían otros movimientos y se alzaban las voces en contra de estas medidas, pero no eran la mayoría. A Athena le alucinaba que no fueran la mayoría.

Discutía con amigos de amigos, leía comentarios en la Red y notaba el recelo de los demás. Porque la ultraderecha jugaba precisamente con la incertidumbre: con ese no saber qué eran, quién las había creado, para qué. No era nada nuevo, el racismo siempre se había asentado en el miedo, en las diferencias y, sobre todo, en la intolerancia e ignorancia. Ahora se volvía a repetir la misma historia de Estados Unidos, Alemania o Sudáfrica un siglo atrás; el mismo perro con distinto collar.

La manifestación termina y Athena y Liv acaban juntas, solas, por la ciudad, riendo y hablando. Liv le da la mano; tiene la piel suave, fresca y agradable, y camina rápido. Tira de Athena, que se queda rezagada con sus casi ochenta kilos y sus piernas cortas. El invernadero municipal al que Liv la lleva tiene un ambiente pegajoso, huele dulce y conserva decenas de plantas tropicales. Juegan a esconderse, se hacen fotos y, sentadas en un banco, tratan de adivinar cosas de la otra: cuántos años tienes, a qué te dedicas, cuál es tu serie, película, libro preferidos. Lo típico. Hasta que llegan a la pregunta que ambas estaban deseando hacer.

—¿PR o aliada? Yo, aliada. —Es Athena quien, esta vez, toma la iniciativa y señala sus párpados azules con un ligero temblor en la sonrisa.

Las PR adoptaron el celeste como el color de su lucha y por todas partes se veía esa tonalidad en las pancartas, la ropa, los símbolos que se pintaban en la cara. Los más atrevidos incluso se teñían el pelo. También era un desafío, una declaración de intenciones, una manera de dar un paso adelante y decir: «Así es, soy una PR», si era el caso, o «Sí, yo les apoyo en su reivindicación». Había medios de comunicación que se referían a las protestas semanales como «los jueves celestiales», lo que no dejaba de ser irónico porque, aunque trataban de ser manifestaciones pacíficas, no eran, para nada, tranquilas; el nerviosismo se notaba en el ambiente, que

aumentaba según pasaban las semanas y las noticias sobre las nuevas propuestas políticas se hacían públicas.

Liv tarda unos segundos en responder. Pero también sonríe y, con la yema del dedo índice, toca suavemente el párpado izquierdo de Athena, a quien provoca un pequeño escalofrío en la espalda. Se lleva un pequeño pegote de purpurina.

—PR —le confirma por fin, no con resignación, cansancio o temor, sino con orgullo. No trata de ocultar su condición. De forma distraída, acaricia el borde de su camiseta, de algodón, manga corta y cuello en pico. También, celeste.

Athena se lo temía.

No existía una forma rápida y visible de diferenciar a una PR de un humano, pero desde la primera vez que la vio, *supo* que Liv era una de ellas. Y, ostras, le daba un miedo horroroso involucrarse en algo así. Una cosa era acudir a las manifestaciones y formar parte de la masa uniforme, en la que era una más apenas indistinta, para después volver a la seguridad de su vida, y otra muy diferente involucrarse personalmente con alguien como Liv, meterse de lleno en un lío semejante.

Relacionarse con una PR era arriesgado. Cada vez más. Los partidos políticos de la derecha más radical abogaban porque eran peligrosas e impredecibles y pretendían identificarlas y «marcarlas» para saber en todo

momento quién era qué. Relacionarse con una PR suponía convertirte en el objetivo de los que estaban al otro lado, dibujarte una diana en el pecho y gritarles aquí estoy yo. Y Athena nunca se había considerado una persona valiente.

—No quiero... —Se muerde el labio, fija la mirada en el gato negro que lleva tatuado cerca del codo, busca las palabras adecuadas—. No quiero complicaciones.

Liv parece no inmutarse y, durante unos segundos, Athena cree que no la ha escuchado. Pero, después, esboza una sonrisa, se quita la purpurina del dedo y se sacude las manos.

—Yo tampoco.

Y se va. Athena no la sigue.

La semana se hace larga. Athena baraja la idea, decenas de veces, de saltarse la protesta del jueves. Que pase el tiempo. Y cuando, por fin, se quite de la cabeza a Liv, volver. No, mejor verla y sacudirse la incomodidad de encima cuanto antes. «No voy». «Sí, sí voy». «No voy».

Al final, va.

¿Y quién no está allí? Liv.

Athena se pasa la hora entera colándose entre los manifestantes, poniéndose de puntillas para mirar por encima de ellos, buscándola. No solo

falta Liv, también sus amigas. Ni rastro de ellas. «Pero ¿sabes qué te digo? Que mejor así», piensa, mientras las decenas de personas se dispersan a su alrededor.

En el fondo, una preocupación punzante y constante le martillea la cabeza, como una mala resaca. Pero, por encima de esa angustia, nota un alivio amargo: sin Liv, no hay problema, no hay miedo ni lanzamiento sin paracaídas a algo que no controla. Ojo, que hay más, que al cóctel de preocupación y alivio también se le suma cierta mala leche consigo misma: se siente hipócrita por estar manifestándose en contra de unas medidas que reconoce injustas para las PR y, a la vez, no querer relacionarse con ellas.

Otra semana de inquietud. Siete días de pensar en Liv; de discutir consigo misma, de nuevo, sobre si volver a la próxima protesta o no; de escuchar noticias que auguraban una aplastante mayoría del partido anti-PR. En su último mitin, una horda de seguidores había aplaudido las atrocidades y estupideces que salían de la boca del cabecilla: implantación de chips, zonas de las ciudades reservadas para ellos, separación de los trabajos públicos...

Cuando llega el jueves, Athena nota la rabia en el estómago, pero también en el ambiente. Defensores de unas ideas y otras están cada vez más encrispados, alucinados, desesperados. Sabe que no será una protesta

como las demás desde el momento que contempla la plaza donde siempre se reúnen. Los furgones de la policía rodean el espacio y encierran al grupo dentro y, entre los manifestantes, aquí y allá, hay agentes con los cascos puestos y las armas bien visibles.

«¿Me marchó?». Pero entonces, a lo lejos, la ve: botas militares negras, falda corta y celeste, camiseta dos tallas más grande. Liv. Sus amigas la rodean, todas serias, sujetando sus pancartas y preparadas para gritar. Decide quedarse.

Diez, quince, treinta minutos sin incidentes.

Después, el caos.

Athena no sabe quién empieza el enfrentamiento, solo tiene claro que, de repente, la gente corre; que algunos arremeten hacia los furgones; que otros les insultan a gritos; que la angustia se extiende con rapidez entre ellos; que alguien le recomienda que se tape la nariz y la boca, que cierre los ojos, y, segundos después, una espesa neblina les rodea; que hay empujones, quejas e incluso lloros. Aturdida, trata de no dejarse llevar por el pánico, pero es difícil mantener la cabeza fría cuando todo alrededor es pura confusión. Entre el gas lacrimógeno que los policías lanzan de forma indiscriminada, vuelve a divisar a Liv. Lleva medio rostro tapado con un pañuelo y recuerda a uno de esos vaqueros de las películas antiguas.

—¡Liv!! —chilla, pero ¿quién va a prestarle atención en medio de una puñetera revuelta? Trata de abrirse paso entre los manifestantes, entre la injusticia palpable en el aire, entre la crudeza con la que la policía carga contra ellos—. ¡Liv! ¡Liv! ¡Liv! —va gritando de manera intermitente mientras trata de no perderla entre el barullo. «Tengo que llegar hasta ella y todo irá bien, tengo que llegar hasta ella y todo irá bien, tengo que llegar hasta ella y...».

Salta entre la gente para mirar por encima de las cabezas y vuelve a encontrar a la chica: encara a gritos a un agente, y Athena entiende su rabia. Si ella misma se siente así, tan enfadada e impotente, sin ser una PR, ¿cómo se sentirán Liv o sus amigas o el resto de PR de la manifestación o incluso del mundo entero? De repente, le abrumba la necesidad de proteger a la chica, pisotear miedos y meterse de lleno en esa *complicación*.

Tiene que arriesgarse.

Así que, a codazos, llega hasta ellos. Ninguno de los dos se da cuenta y eso juega a favor de Athena que, rápida, pega un empujón al policía con todas sus fuerzas. Es capaz de advertir su desconcierto mientras ella agarra la mano de Liv y tira para alejarse de allí. Hay tanta gente, tantos gritos, tanto movimiento, que al guardia le será prácticamente imposible saber quién lo ha empujado.

Corren como pueden entre la muchedumbre y esta vez es Athena quien les guía.

La revuelta policial ocupa los espacios informativos durante toda la semana y cuando Athena llega a la protesta del jueves siguiente, los furgones y los agentes se han doblado en número. Pero también los manifestantes.

Rodeada de todas esas personas, en su mayoría mujeres, se siente parte de un ente solidario, nota la sororidad entre todas ellas, mastica las ganas de justicia. Las mujeres PR han sido siempre las más castigadas: se mezclaba el machismo todavía latente con el racismo creciente de los últimos años. Por eso, una mayoría femenina inunda la plaza y las calles adyacentes.

Entre todas ellas, las amigas de Liv.

Liv.

Athena.

La besa, le aprieta la mano y gritan juntas, gritan más fuerte, hasta quedarse sin voz.